

EL CEMENTERIO DE PÈRE LACHAISE

(Fragmentos de mis memorias)

De mi primera visita al *Père Lachaise*, el más notable de los cementerios de París, he conservado una impresión indeleble. Desde que se entra por aquellas anchas calles de árboles y tumbas, empiezan a tropezar los ojos con nombres conocidos, unos inscritos en modestas lápidas, otros en monumentales mausoleos. Recorriendo aquellas avenidas nadie se cree vivir en tierra extraña, porque yacen allí los personajes de celebridad universal cuyos nombres nos son tan familiares como si fueran compatriotas nuestros. Allí están sepultados los héroes de la Historia, los maestros de la literatura, los más grandes poetas, los artistas cuyos nombres inmortalizó la fama, los caudillos de la Revolución y del Imperio, los novelistas que nos encantaron en la monotonía de las navegaciones. Saludamos aquí la tumba de Abelardo, más allá la de Sué, después la del trágico Racine, la de Thiers, no menos trágico; la de Hugo, el general, padre de Víctor Hugo, y la de Ney, fusilado por la Restauración. Sucesivamente vamos pasando por innumerables monumentos fúnebres y leyendo los epitafios de Sieyès y de Aragó, de Monge y de Cuvier, del poeta Musset y del pintor David; el de Ledru Rollin nos recuerda el sufragio universal, por el que tanto luchó hasta conseguirlo, como el de Raspail la consecuencia política y la austeridad republicana. Y luego La Fontaine, y Molière, y La Harpe, y Cherubini...

De pronto alcanzo a ver un monumento blanco, perdido entre tumbas y entre flores, sobre el cual se amontonan revoloteando legiones de pajarillos. ¡Cómo! — exclamé—, ¿todos los pájaros del vasto cementerio se dan cita en la misma sepultura...?

Y los pájaros cantaban, y yo me acerqué a la verja de la tumba: era la de Michelet, el cantor de la Naturaleza, el poeta de los pájaros.

¡Ay! —pensé—, yo soy canario, y cuando me sepulten no acudirán mis congéneres a tributarme su delicada música...

Porque nadie se acordará de echar sobre mi losa unos puñados de alpiste.

Dando vueltas por el cementerio en distintas direcciones, divisé un monumento sepulcral en el que de lejos se leía:

NAPOLEÓN III

Como Napoleón III no había muerto en Francia, la curiosidad se apoderó de mí y quise leer de cerca el epitafio.

He aquí la traducción:

Sepultura perpetua. AQUÍ YACE MONSIEUR L... S...
Carnicero Proveedor de S. M. el emperador
NAPOLEÓN III y de
la imperial familia.

FIN

LA SOMBRA DEL ALMENDRO *(POEMA)*

la patria es una roca,
la patria es una fuente,
la patria es una senda y una choza.

Mi patria no es el mundo;
mi patria no es Europa;
mi patria es de un almendro
la dulce, fresca, inolvidable sombra.

A veces por el mundo
con mi dolor a solas
recuerdo de mi patria
las rosadas, espléndidas auroras.

A veces con delicia
mi corazón evoca,
mi almendro de la infancia,
de mi patria las peñas y las rocas.

Y olvido muchas veces
del mundo las zozobras,
pensando de las islas
en los montes, las playas y las olas.

A mí no me entusiasman
ridículas utopías,
ni hazañas infecundas
de la razón afrenta, y de la Historia.

Ni en los Estados pienso
que duran breves horas,
cual duran en la vida
de los mortales las mezquinas obras.

A mí no me conmueven
inútiles memorias,
de pueblos que pasaron
en épocas sangrientas y remotas.

La sangre de mis venas,
a mí no se me importa
que venga del Egipto
o de la razas célticas y godas.

Mi espíritu es isleño
como las patrias rocas,
y vivirá cual ellas
hasta que el mar inunde aquellas costas.

La patria es una fuente,
la patria es una roca,
la patria es una cumbre,
la patria es una senda y una choza.

La patria es el espíritu,
la patria es la memoria,
la patria es una cuna,
la patria es una ermita y una fosa.

Mi espíritu es isleño
como las patrias costas,
donde la mar se estrella
en espumas rompiéndose y en notas.

Mi patria es una isla,
mi patria es una roca,
mi espíritu es isleño
como los riscos donde vi la aurora.